

esa estela dolorosa que marca indefectiblemente el ejercicio de un vicio tan nocivo y perjudicial a la salud moral y material de las familias.

Sabíamos que al obrar así habíamos de encontrar no pocos obstáculos en nuestro camino, y los resentimientos de aquellos para quienes la prohibición del juego es la negación de la existencia.

Lo que no pudimos jamás sospechar es, que se nos supusiera tan cándidos que este asunto nos preocupase de manera tal que empeñáramos en él hasta la honra, como la han empeñado muchos.

Cumplimos muy suficientemente con nuestro deber de periodistas, dando la voz de alerta a las autoridades por si ellas querían, que son las que pueden hacerlo, no nosotros, evitar la comisión de un delito, no guiados nosotros por el aspecto jurídico del hecho, sino por los señalados efectos.

Pero de ahí a otra cosa, hay una gran distancia.

Imaginar que esta cuestión podía combatirnos el sueño é interesarnos hasta el punto de tomar parte en ese torneo que de ella se ha hecho, por ejemplo, en la vecina villa de Vélez-Blanco, es tan inocente, como pueril ha resultado siempre a todos la causa de aquella renombrada enfermedad de que se vió atacado súbitamente el célebre alcalde de Totana.

Nada de torneos, y nada de vigilias.

En Vélez-Blanco pueden jugar cuanto se les venga en ganas a sus vecinos, y estén éstos en la seguridad de que LA DEFENSA no será contagiada de esa enfermedad *totanera*, ni aún siquiera llegará a notar los síntomas de la hipocondria que le es precursora.

Pueden hasta si quieren echar los bofes sobre el tapete verde, persuadidos previamente de que LA DEFENSA vivirá en la placidez de que gracias á Dios disfruta.

Y tomar parte en esas justas, no

le es posible, porque reconoce su poca destreza para el objeto y la superioridad de fuerzas de los que se aprestan a la lid.

Pero, eso sí, cuando se juegue, aquí ó en otra parte, ya estará LA DEFENSA pregonándolo muy alto, como ella acostumbra á hablar, sin que le inspiren esas amenazas y otras zarandajas lanzadas en nuestra contra, otra cosa que la misma indiferencia que en ella determina, la *déscamisación* general de los defensores del juego en Vélez-Blanco.

## Revistas cómicas

“EL JUEGO MÁS GRANDE,,

Después de estos ocho días de acalorados debates, encaminados á ver

si á la postre ha de jugarse,

habrá lectores que esperen

ver esta tercera parte,

en que *jueguen* su papel

las más elevadas clases;

pues después de Baldomero

y de Aniceto, es probable

que se hable, si D. Fulano

se ha quedado sin dos reales,

ó si hipotecó la casa,

ó si vendió los banales,

ó tuvo que sentar plaza

en guardias municipales,

portero, administrador

de cosas administrables,

quizá guarda, de una finca

de la que fué señor antes.....

No, lectores. Yo no busco

estos tristes desenlaces,

muy propios de las novelas

por entregas semanales.

Me voy á la realidad,

en defensa de ideales

que merecen el apoyo,

no de pluma detestable

como ésta, que os emborriona

las revistas semanales,

si nó el de hombres de más talla,

(cosa muy poco probable;

porque acostumbro comprar

cuatro metros para un traje).

Dejemos disquisiciones

impertinentes, y ambages,

y vengamos á tratar

de lo que hoy debe tratarse.

No hagamos cosa de *juego* el *juego*: seamos formales.

Hasta que á mí me ha ocurrido, no se le ha ocurrido á nadie clasificar este vicio, como la tierra, en tres clases.

Si juegan en la primera jornaleros miserables, émulos de la abstinencia y víctimas del potaje;

y en la segunda, figuran artesanos ignorantes que enojan á su costilla porque se llevan la *llave*,

¿No es verdad, que os figuráis en esta tercera parte, (igual pregonan los ciegos cuando anuncian sus romances),

ver desfilar otras gentes un poco más respetables?

Así debiera ocurrir si siguieran adelante

las más doctas opiniones «de que no debe jugarse».

Pero al ver que en una *féria*, apesar de los pesares,

severa conminacioness,

y de aprestos militares

se le tira de la oreja

á quien no debe tirársele:

y con fiero *sanfacón* (soy plagiarío en esta frase), hay contratista y partida, hay *cabecera* y hay *ases*.

á este *juego*, ya no hay *juego* humano que se le iguale, y me dejo en el tintero el que pensaba pintarles.

Que ante lo grande, señores, lo chico, debe achicarse. Y esa es una gran jugada, es un verbo *in-con-jugable*.

Que el burlar firmes propósitos, frastrar planes bien laudables, vociferar y hacer público lo que más debe taparse,

eso ya es *jugar* el todo por el todo. Que se callen el *chico* y hasta el *mediano*.

«¡Eso sí que es *juego*.... y grande!!»

M. Manchón Carrasco.

Vélez-Rubio 8-10-902.